

www.elboomeran.com

RAFAEL ARGULLOL

TRATADO ERÓTICO-
TEOLÓGICO

UN RELATO

BARCELONA 2016



ACANTILADO

www.elboomeran.com

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2010 by Rafael Argullol Murgadas
© de la ilustración de la cubierta, by
Johann S. Karlsson / Getty Images
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16748-04-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 10 647-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

Anel, desnuda en la cama, me preguntó si creía en la existencia de Dios.

—No creo—le contesté, y de inmediato me di cuenta de la ambigüedad de mi respuesta.

—Nunca hablamos de esto—dijo, desperezándose.

—¿Te gustaría que lo habláramos?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Y como no le podía negar nada a Anel, quedamos en hablarlo cuando le apeteciera.

Al día siguiente resurgió el interrogante. Paseábamos por la playa, y la arena, húmeda tras la noche de tormenta, estaba regada por centenares de conchas. Algunas aparecían atrapadas entre algas y escombros, pero otras brillaban inmaculadas, como si no hubieran sufrido en su viaje alteración alguna. Anel, que había recogido algunas conchas, me enseñó una singularmente reluciente. Dijo:

—¿Es sólo el azar?

Al principio no la entendí porque soplaba un viento muy fuerte.

—¿Es el azar?—repitió.

Miré su cara e instantáneamente intuí que no era únicamente el azar. Pero como no tenía respuesta me limité a sonreír.

Caminamos en silencio hasta que Anel obtuvo el tesoro que buscaba: una pequeña caracola en cuya cáscara rosada se abría la boca insinuante que el mar había trabajado tanto tiempo. Me la regaló porque me recordaba su cuerpo y ella lo supo sin necesidad de decírselo.

Estábamos sentados en la orilla con la mirada perdida en las olas cansinas que morían a nuestros pies. Abrí la mano con la que aprisionaba a la pequeña caracola: desde luego no había nada más azaroso que encontrar aquella forma en su interior.

Se habían necesitado millones de años para que viviera algo así. La probabilidad de que aquello hubiera prosperado era escasa. Y miles de tentativas hasta quedar tatuada con esa espiral perfecta. Y cientos de caminos, de los cuales sólo uno conducía a esta playa. Era casi imposible que se encontrara en ese lugar a la espera de Anel. Puro azar.

Pensé esto, pero luego afirmé lo contrario:

—No hay ningún azar en el hecho de que esta caracola se encuentre en mi mano. Te esperaba allí en la arena y yo esperaba que me la regalaras. Era su destino natural, tan lógico como su forma misma. Todo sucedió para que se cumpla lo que estamos viendo.

Anel se sentía escéptica aunque halagada:

—¿De veras lo crees?

No lo había creído pero ahora lo creía. Sin embargo, ignoraba si lo creía porque había cambiado de opinión o por la presencia de Anel. Su boca era como la caracola. Un minúsculo accidente desde el señorío del azar y, al mismo tiempo, un fruto consecuente del deseo. Me pareció claro que yo la había convocado para besarla, para penetrar en ella, y que ella no podía dejar de acudir a mi convocatoria.

En lugar de responderle me quedé mirándola muy fijamente, tanto que seguramente debió de asustarse. Primero retuve su iris, cuyo color oscilaba con la caída de las horas, y después su pupila, ensanchada bajo mi mirada. También habían tenido que transcurrir miles de años para que se creara ese doble círculo en el que se reflejaba, muy próxima, mi calavera.

Esta visión no me causaba ninguna inquietud. Tenía, por contra, algo de decididamente humorístico. A causa de esto yo permanecía tranquilo, como alentado por sus palabras inaudibles: mientras te observe desde fuera estás salvado.

Convertido de presa en cazador, el ojo de Anel se apoderó del mío. Me contó lo que veía mientras yo continuaba atenazado y entretenido por mi cráneo.

—Te veo como un niño. Creo que realmente fuiste como ese retrato que veo en el fondo de tus ojos. La misma frente, los mismos labios. Estoy contenta de tenerte también como eras. Así te tengo del todo.

6

Es posible que su imagen, y no la mía, fuera la verdadera, puesto que, por una u otra razón, la muerte estaba excluida de aquel lugar. Habíamos expulsado a la muerte de Falura o, al menos, nos comportábamos como si así fuera. Quizá ella nos observaba desde un mirador desconocido, pero nosotros la ignorábamos.

No había sido fácil conseguir esta ignorancia. Antes, en el camino, tuvimos que alcanzar otras, sin las cuales aquélla era imposible. Fue un aprendizaje difícil. Luego, lentamente, la muerte se desvaneció.

Y todo gracias al Pacto.

Podíamos ser flexibles en lo demás, pero con nuestro Pacto debíamos ser inflexibles. Traspasada la frontera, nuestras vidas cotidianas debían quedar atrás. Fue importante encontrar un nombre para esa línea absoluta.

—El Portal, la llamaremos el Portal.

Antes de atravesar esta línea, tanto Anel como yo éramos libres para ser esclavos: podíamos cargar con todos los recuerdos, los sentimientos, las ideas que encontraríamos necesario cargar. Sin embargo, llegados al Portal, debíamos descargar los fardos, todos sin excepción. Nos habíamos comprometido a la máxima levedad.

Cumplirlo, naturalmente, costó. Cada uno de nosotros traicionaba al otro, y juntos nos traicionábamos, cuando cerrábamos la puerta invisible y seguíamos arrastrando aquella vida que allí había sido declarada ajena. El peso amenazaba la ligereza.

Pronto nos dimos cuenta, no obstante, de que sólo valía la pena habitar Falura según las reglas que nosotros mismos nos habíamos fijado. Su crudeza emanaba del deseo y en él se justificaba. Cuando la llamada conciencia parecía reclamar-nos en otra dirección, buscábamos el refugio del cuerpo. Nuestros cuerpos alejaban la buena y la mala conciencia, alejaban los débitos y de inmediato volvía la ligereza.

Así aprendimos lentamente. Primero entre bruscos retrocesos, luego con suavidad. Empezamos a encontrar lógico vivir a este lado del Portal.